

# Los negritos de Doña Patricia Ocampo

Por

R I C A R D O

T A R N A S S I



nombre de Cabeza del Tigre, humedeciéndose inútilmente el suelo patrio, con sangre derramada sin una necesidad imperiosa, que realmente lo justificara.

Después de este episodio luctuoso, Ocampo y Vieytes fueron relevados, bajando a Buenos Aires, y Balcarce continuó al frente del ejército que siguió luego avanzando hasta llegar al Alto Perú, el que tras algunos reveses, se llenó de gloria en Suipacha, siendo esta como lo he dicho, la primera victoria con que se abren las páginas de la historia argentina.

El general Ortiz Ocampo era oriundo de La Rioja; tuvo una hermana llamada Patricia, quien casó con Pedro Gordillo, el que en la trágica época de la tiranía, cayó acribillado el pecho por las balas de los soldados de Facundo Quiroga, el que lo mandó ejecutar sin juicio previo, ni proceso alguno el año 1829, por el delito de no haber respondido como un servil al pedido que el Tigre de los Llanos formuló, pidiendo dinero y hacienda para combatir a los defensores de la libertad.

Esta pequeña reseña histórica ha sido necesario hacerla para llegar a presentar a doña Patricia Ocampo, que es quien motiva esta narración, y que en la época de la anécdota que referiré, vivía patriarcalmente en su fundo de la provincia de La Rioja, en Malligasta, rodeada del respeto y del cariño de todos cuantos la conocían y rodeaban.

Doña Patricia tenía en su hacienda, una negra esclava, madre de tres negritos, la que un día la entregó a unos parientes suyos, los Villafañe, para que se la vendieran en Buenos Aires, que era a la razón una buena plaza para ese triste tráfico que felizmente ha concluido, para siempre en el norte de América, después de haberse derramado ríos de sangre y entre nosotros desapareció con la promulgación del

célebre decreto de la Asamblea de 1813, sobre libertad de vientres.

Wenceslao Villafañe trajo a Buenos Aires a la negra esclava, dejando en Malligasta a los tres infelices negritos privados del calor del regazo maternal.

En el primer momento, los chichuelos no se dieron cuenta de lo que pasaba, pero a medida que los días iban transcurriendo, empezaron los chicos a extrañar la ausencia de la madre e inútiles fueron los argumentos que les hicieron para justificar una ausencia tan prolongada.

Los negritos lloraban y tristes se amontonaron en el rincón de un galpón donde acostumbraban guardar granos y algunas herramientas agrícolas.

Así pasaron varios días, hasta que por fin los pobrecitos, como si hubieran sido avezados conspiradores, en el escondite que habían elegido para mutuamente consolarse, resolvieron tras maduras deliberaciones, huir de la finca con la infantil creencia de encontrar a la pobre madre ausente, sin la cual sentían no poder ya más vivir.

Una mañana nublada y triste — cosa rara en La Rioja — resolvieron los minúsculos conspiradores poner en práctica sus proyectos de fuga, y burlando



EL general don Francisco Ortiz Ocampo, fué el militar a quien cúpole la gloria de comandar el primer ejército patriota.

La Junta lo designó, siendo jefe del regimiento de Arribeños, para que se pusiera al frente del ejército del Norte.

Con Ocampo, iba de segundo jefe Antonio González Balcarce, después vencedor en el llano de Suipacha, iniciando con esta batalla memorable la serie gloriosa de hechos de armas de nuestra emancipación política.

Representando a la Junta de mayo iba Hipólito Vieytes y como secretario Vicente López y Planes.

Cuando las primeras avanzadas de este ejército de hombres libres llegó a Córdoba, las patrullas destacadas en exploración, tomaron prisioneros a Liniers, a Concha, al obispo Orellana y a Allende, quienes debían ser fusilados como culpables de la abortada contrarrevolución.

Vieytes y López, interpusieron su buenos oficios, median-do ante el general en jefe para que los prisioneros no fueran ejecutados, sobre todo Liniers, quien había sido el alma de la defensa de Buenos Aires contra el pretendido dominio británico.

Como Ocampo no podía resolver por sí y ante sí, tal cosa se limitó a postergar la ejecución, interin consultaba a la Junta.

Desgraciadamente ésta contestó al pedido formulado desde el ejército, enviando a Juan José Castelli quien hizo pasar por las armas a los detenidos en el paraje conocido con el